

LA CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE ALTA DE SAN PEDRO, 2
De los artículos firmados son responsables sus autores
No se devuelven los originales

SUSCRIPCIÓN
España 3 pesetas trimestre
Extranjero 3 francos »
Número suelto 25 céntimos
PAGO ANTICIPADO

Año I

Barcelona 30 de noviembre de 1907

Núm. 9

SUMARIO

La crisis de la Monarquía portuguesa,
por D. IGNACIO DE L. RIBERA Y ROVIRA.

Momento solemne. — Democracia y Oligarquías. — Cataluña y Portugal. — Esperanza desvanecida. — Desaciertos españoles. — Coincidencia espiritual. — Portugal sublevado. — La idea republicana. — La actitud de Inglaterra. — Las Colonias. — El crédito público. — Las clases directoras. — Nuestra actitud. — Libertad, tolerancia. — El ejército. — La dictadura. — Palabras del Rey. — Protesta nacional. — Las oposiciones. — Régimen desacreditado. — El príncipe heredero. — La República portuguesa. — Palabras sinceras.

«**Sus intelectuales y los nuestros**», por
JOSÉ M.ª LÓPEZ PICÓ.

Controversias. La izquierda catalana:
Conferencia de Rovira Virgili.

Documentos de opinión:

España en Marruecos.

Notas internacionales:

ALEMANIA. — *Alemania empuja (Anécdotas de energía).* — I. *Sobre el viaje a Inglaterra,* por M. Vidal y Guardiola.

FRANCIA. — *Política colonial,* por José Martí y Sábata.

La Semana:

POLÍTICA. — *La Ley de Jurisdicciones,* por J. Pardo Wehrle.

LOS LIBROS. — *Piedad filial,* por D. L. Ribera.

GACETILLA.

La prensa catalana.

Opiniones ajenas:

Las dos ciudades.

Los catalanes en las Cortes.

De D. Gonzalo de Reparaz.

Una artista catalana.

IGNACIO DE L. RIBERA Y ROVIRA

OBRA NUEVA

IBERISME

DE VENTA EN LA LIBRERÍA L'AVENÇ
Y EN LAS DEMÁS

La crisis de la monarquía portuguesa

Crisis de la Monarquía podía poner por epígrafe á mi estudio, dándole así el eco de un clamor profético.

Momento solemne.

En parte alguna de la tierra se están dando más intensas conmociones públicas que entre los pueblos peninsulares, á pesar de discurrir en apariencia tranquila la vida política de los mismos. La más honda agitación se entrevé en las sociedades ibéricas y el momento actual mirado debe ser con intrepidez, pues nunca mereció con tanta verdad el dictado de solemne, sin la énfasis paradójal con que lo prodiga el verbo parlamentario español.

Momento solemne, de aquellos que marcan era en la historia de los pueblos y cuya trascendencia sólo puede ocultarse á los inconscientes. Momento solemne planteado por las más enteras y convictas democracias hispánicas, las de espíritu hegemónico y superior (pese al desdén de las oligarquías y burocracias castellanías), las democracias impulsoras de los movimientos de libertad que ensayan remodelar los viciosos organismos dirigentes de los dos Estados ibéricos, las democracias definidoras del carácter revolucionario que agita Portugal y Cataluña.

Momento solemne, de milagro, en que dos fuerzas populares se agitan y luchan para una regeneración peninsular, movidas por idéntico deseo reivindicador y moralizador y que por fortuna han coincidido en una misma edad para asumir un carácter avasallador y triunfal.

Democracias y oligarquías.

Sin avenencia mutua premeditada, Portugal y Cataluña realizan hoy un supremo esfuerzo para restablecer la verdad de la existencia vital de los pueblos ibéricos, verdad que tradicionales ineptitudes y vergüenzas hicieron opaca dando al mundo la falsa convicción de una tremenda crisis nacional, acaso de una civilización decrepita, evidenciada con la fuerza brutal de aquella injuria sincera y en apariencia verdadera del sarcástico inglés Salisbury.

Con el máximo interés debemos, catalanes y portugueses, seguir las vicisitudes de los movimientos democráticos que agitan presentemente las sociedades

políticas de las naciones extremas de la Iberia. Porque, digan lo que quieran los inconscientes políticos centralistas castellanos, son las democracias las impulsoras, arbitradoras de los movimientos revolucionarios coevos en Portugal y en Cataluña, y no me sorprende la incredulidad de los hombres del centralismo español, negando el influjo de las democracias peninsulares y negando su eficacia; ello representa un criterio nacional patrimonio de aquellos que en todas las contiendas políticas escarnecieron al pueblo, escogido sólo para peldaño de sus concupiscencias y del que luego se mofaron fiados del prepotente carácter tiránico y absorbente de los núcleos formados por los audaces oligarcas. En España tal vez sólo merecen el dictado de populares las luchas religiosas, pues los partidos políticos españoles siempre realizaron sus revoluciones desasociándose del pueblo, en cuanto éste fué rémora á sus ambiciones, aprovechando la fuerza incontrastable de sus entusiasmos fugaces por inconscientes. Y para perdurar en este abuso, le inculcaron un desviado patriotismo, una intolerante fe y un feroz antagonismo de clases. He aquí por qué el pueblo español conquistó en las luchas por la libertad ventajas que no pudieron sacarle del estado de opresión, de esclavitud patriótica y religiosa, en que deseaban verle sumido perpetuamente aquellos mismos que aprovecharon su sangre para satisfacer sus apetitos, y le daban trato solapado de hombres libres para exigirles después de su triunfo conducta ominosa de hombres esclavos.

Si en España todos hubieran contribuido noblemente á levantar el espíritu decaído y atrasado de las democracias, nunca la crueldad de un enemigo sajón hubiera proclamado el vergonzoso *Finis Hispanie*.

Como en aquellos tiempos que precedieron á la Revolución francesa, se sienten en Portugal y en Cataluña los fieros latidos del alma popular, y ese movimiento revoltoso de las democracias asusta, por incomprensible é incomprendido, á los representantes de un Estado centralista y tiránico, y al pueblo esclavo que consiente y padece la opresión de este Estado, y la espléndida esperanza de triunfo más se afianza y se le

gitima porque nace de un deseo nacional formulado por las democracias.

Cataluña y Portugal.

La lucha entablada por Cataluña y Portugal contra los enemigos de su libertad presenta idénticos caracteres en la elección de los medios de combate. Una y otra fían su éxito del propio nacional esfuerzo y desdeñan aun aquellas fuerzas afines que, si fueran más conscientes, podrían coadyuvar en el esfuerzo titánico en pro de la libertad y de la cultura.

Ambos movimientos nacionales obedecen á una inadaptación de las democracias á los organismos gubernamentales que en uno y otro país laboran de largo plazo en el descrédito y en la venalidad. Cataluña se insurge contra la opresión de un Estado brutalmente centralista, simbolizado por la grosera hegemonía de Castilla, y aspira á reivindicar su personalidad nacional histórica y política, reconquistando su libertad para gozar su propia vida dentro una equitativa remodelación del Estado español. Portugal se levanta contra la insufrible vergüenza de ver su dignidad nacional en litigio, su prestigio ludibriado y su libertad mermada y une los esfuerzos de todos sus hijos, dirigiéndolos contra lo que representa el símbolo de tanta ignominia: la monarquía de Braganza. En ambos pueblos el movimiento revolucionario es legítimo y justo y será triunfador, porque nace del alma de las democracias conscientes.

Dentro breve plazo Portugal será republicano, y tal vez Cataluña será autónoma. Allí el pueblo todo es combatiente, tiene un enemigo y lo combate, siente odio á la monarquía, y este odio (más que un espíritu de selección ó preferencia) lo torna republicano. Aquí el pueblo todo es luchador; contemplad la esperanzadora eclosión de Solidaridad catalana; tiene un enemigo y lo combate; siente odio al feroz centralismo con todos sus errores y opresiones, el patrioterismo, el militarismo y el tradicionalismo político y religioso, y este odio, acompañado de un mayor espíritu de selección ó preferencia, lo torna autonomista, y ¿por qué no decirlo? republicano.

Portugal sigue solo en su magna empresa y confía y cree en el triunfo definitivo. Cataluña lo espera todo de sí misma, y si hoy se aviene á despertar las energías regionales, más que por anhelo de colaboración en la obra regeneradora, lo hace impulsada por el amor, por la fraternidad y también por el providente deseo de aleccionar á sus hermanos peninsulares en los principios de imperialismo mediterráneo que informan su alto espíritu director, principios del más consciente panlatinismo. Panlatinismo malogrado por la estúpida irreflexión de la Francia *revancharde* y de España; aquella abandonando su política de aproximación á las democracias alemana é italiana, á las cuales tenía el deber de republicanizar, y ésta, decayendo en una espantosa inercia de opinión después de los desastres coloniales, desaprovechando el momento también solemne de conquistar la libertad, que es la más esplendorosa victoria de los pueblos, después de la derrota en que nos sumió una política indigna y antipatriótica. Inercia demostrada ante la catástrofe ultrama-

rina, cuando el pueblo, diezmado por la guerra miserable, y el Ejército vendido y llevado ignominiosamente al fracaso, no supieron pedir á los partidos de la monarquía y á los falaces prohombres del republicanismo y del tradicionalismo estrecha cuenta de sus enormes responsabilidades y culpables complicidades, permitiendo que los fracasados y los traidores fueran los continuadores de una política llamada sarcásticamente regeneradora, colmándose sus hombres mutuamente de honores y riquezas en presencia del pueblo, que ni siquiera sabía ejercer sus derechos de juez.

Renace en mí la esperanza al contemplar el tenaz y firme influjo de las democracias latinas, sobre todo de la portuguesa y de la catalana, y en este admirable momento presente entreveo con fulgores de realidad el sueño de un definitivo panlatinismo. Y rebosa de contentamiento mi alma contemplando á Cataluña en el centro de la futura Confederación latina, y á Barcelona, primera etapa del largo camino de Lisboa y de América, otra vez reina del mar y emporio excelso del comercio mediterráneo, abierto á las relaciones africanas y asiáticas.

Esperanza desvanecida.

En la conquista de la libertad, de la paz y del orden, Portugal avanza con fe inquebrantable, solo, despreciando la ayuda de sus hermanos peninsulares que cree perdidos en el abandono de una inercia culpable. Y no obstante, así no fué siempre. Hubo un tiempo en que era axiomático en Portugal que el advenimiento de la República en España simultanearía el establecimiento de la República en Portugal. Pero las grandes ocasiones pasaron, y una amarga desilusión hizo apartar de la pretendida vitalidad del pueblo español la confianza de los portugueses.

Desaciertos españoles.

Por otra parte, en aquella época de reveses dolorosísimos, aun más lamentables desaciertos alejaban de nosotros los lusitanos. Después del desastre, cuando los espíritus liberales y patriotas esperaban una reacción en la decaída alma nacional, los órganos de oposición española, los rotativos madrileños, con el *Heraldo de Madrid*, *La Epoca* y *El Imparcial* á la cabeza, afirmaban que no todo estaba perdido, «que aun nos quedaban Portugal y Marruecos». Entonces fué cuando impelidos por el sangriento sarcasmo, se separaron de nosotros los portugueses. Y no se crea que fueron esos los primeros agravios que de los españoles recibían los lusitanos, no.

España debe á Portugal el cumplimiento del tratado de 1815, la restitución de Olivença; España nunca hizo nada para borrar el pasado de tiranía que separa los dos pueblos y el presente de descrédito que una población de españoles emigrantes, gentes en su mayoría maleantes, realiza en la capital lusitana; como nada hizo cuando las gentes lusas pidieron á los gobiernos españoles una justa solidaridad para hacer frente á la infamia de aquel afrentoso *ultimatum* de 1891. En España se han alzado en conquistadores del país vecino, todos aquellos que desde una mesa de café ó desde un escaño del Parlamento han patrocinado una política de

unión ibérica. Y hasta los partidos revolucionarios portugueses han recibido siempre de los partidos revolucionarios españoles la más despectiva consideración, á pesar de hermanarlos idénticas aspiraciones. Con aquel gesto de suficiencia y de superioridad con que los publicistas y políticos á estilo castellano *se dignan* aconsejar á naciones ó á individuos, Castelar, el brillantísimo tribuno, á la faz de unos síntomas de violenta revolución que se vislumbraban en la sociedad portuguesa, resumía su consejo en estas palabras: «que no movieran barullo, ni hicieran revoluciones y que se dejaran de repúblicas».

El consejo de Castelar hizo sensación y daño, porque la prensa conservadora portuguesa presurosamente lo aprovechó para afirmar la necesidad de mantener el *statu quo* político, enfriando los entusiasmos revolucionarios. A los republicanos conscientes no les hizo mella la frase de Castelar, porque para ellos el ex-presidente de la República española en 1897 no poseía autoridad alguna. Desde que el general Pavía entró en las Cortes al frente de sus soldados, á partir de aquella noche trágica, Castelar, políticamente, no tenía derecho de proferir una sola palabra, pues él, entonces, como afirma Gambetta justamente airado ante el espantoso caso, ó fué un traidor ó fué un idiota.

Calculad con esos antecedentes cuál podía ser la esperanza que las poblaciones revolucionarias ó liberales portuguesas podían depositar en los partidos radicales españoles, cuando aun hoy, por boca de uno de sus pseudo-caudillos, Alejandro Lerroux, comete la estúpida imprudencia (él, un pretendido democrata!) de patrocinar la arcaica y absurda teoría unionista. No admira, pues, que ante el tremendo desengaño los republicanos lusitanos se desentendieran de sus congéneres españoles é iniciaran una intensísima propáganda internacional y una activa lucha local de sus ideales. De aquí nacieron las inteligencias entre los demócratas lusitanos y sus camaradas europeos y la admirable difusión que de sus propósitos revolucionarios hicieron los representantes de la prensa portuguesa dentro de los medios intelectuales de Europa, singularmente de Francia y de Inglaterra.

Coincidencia espiritual.

Esa añorada reacción de las democracias peninsulares (defraudada en la castellana, llamada por antonomasia española) observa una admirable coincidencia: el espíritu de revuelta, como en 1639, generado por causas distintas, pero impulsado por igual anhelo de libertad, se manifiesta pujantísimo en Portugal y Cataluña. Y es que en estos pueblos extremos radica el núcleo vital que ha de levantar la postrada alma peninsular por la vía generosa de una regeneración ibérica y de un alto-ideal latino. Una vez más triunfa el pensador de los *Châtiments*: «no hay pequeños pueblos, no hay más que pequeños hombres».

Portugal sublevado.

La sociedad portuguesa está hoy removida por un unánime descontentamiento contra la monarquía y el espíritu sublevado concreta su deseo en un casi plebiscito nacional republicano. Republicanas eminentemente son las dos ca-

pitales Lisboa y Porto, esta última, cuna gloriosa de la libertad, celosa de la ciudadanía de sus moradores, guardando aún el sangriento y épico recuerdo de la luctuosa *Revolta* que traicionó la guardia municipal. Y nadie ignora la poderosa influencia de las capitales en Portugal, donde el ruralismo en la política no representa factor alguno. Los desaciertos gubernamentales no han atrofiado las energías populares, á pesar de haber sumido en un pesimismo estoico, musulmán, enervador, á las indolentes democracias, no del todo inutilizadas aún en medio de la rastrera conducta de los partidos turnantes que han gobernado dentro un régimen de embustes, egoísmos y miserias, laborando en el descrédito propio en una lucha ardua de rencores y oposiciones sistemáticas al partido gubernamental, el cual por este solo motivo debía ser combatido *à outrance*.

La idea republicana.

Dentro la comedia parlamentaria, el partido republicano pocas veces dejaba sentir su voz de protesta; la representación republicana en el Parlamento portugués era una limosna que otorgaban con miseria los partidos gubernamentales, árbitros del cotarro electoral. Legislaturas hubo en las que el partido republicano, que ya existía poderoso como la única oposición verdadera á los vergonzosos partidos monárquicos, no obtuvo un solo lugar en el Parlamento, porque así convenía á la sociedad monárquica, obedeciendo, en su conducta, á un miedo insuperable.

Pero, perseguida y amenazada, la idea republicana avanzaba prepotente, legitimada por los desaciertos de la monarquía y de sus hombres. Y puede que ese avance no fuera del todo previsto y conocido de los estadistas dinásticos. Cuando en las últimas elecciones progresistas la masa popular, en admirable sufragio, llevó al Parlamento una valiosa representación del partido republicano, dióse á conocer el largo camino que éste había recorrido á la sombra de una persecución sistemática, y asustáronse las esferas monárquicas. Arrepentidas éstas de la lenidad con que habían tratado á los republicanos, y asustados de la importancia y seriedad de la campaña revolucionaria, entonces intentaron los elementos monárquicos presentar el movimiento republicano odioso á las masas, porque atentaba al *orden* y al *progreso*, y el pueblo portugués, decían, necesita, ante todo, de paz para ir seguro por el camino del progreso.

La fórmula sintética de todo el sistema social de Augusto Comte es «Orden y Progreso» que la República del Brasil, inspirada en las doctrinas del positivismo, adoptó por divisa de su bandera. Este es también el caso portugués. En Portugal todos quieren la República, pero todos temen el desorden. Pero el desorden no podrá producirse precisamente por la casi integral unanimidad de las aspiraciones de orden existentes en la sociedad en vía de transformación. Así, la mudanza institucional se realizará con fulminante rapidez. Los elementos perturbadores, los agitadores mercenarios, aquello que los publicistas llaman las clases rufianescas, los profesionales del crimen, del tumulto, ello es el vagabundaje de los grandes centros

populosos, serán detenidos provisionalmente hasta que la normalidad pública se restablezca.

La actitud de Inglaterra.

El advenio de la República portuguesa, dicen sus detractores monárquicos, creará un conflicto con Inglaterra y esta nación procurará por todos los medios, hasta los más violentos, mantener la situación monárquica. Craso error, porque los políticos conservadores de Portugal avalían con perfecta nitidez la situación y si Portugal, espontáneamente y de por sí, sin imposición ajena, quisiese establecer en su casa la República, Inglaterra no podría intervenir. Es lo que consta precisamente del despacho enviado, del Foreign-Office, en data de 19 de febrero de 1873 al ministro de Su Majestad Británica en Lisboa por el conde de Grenville, primer ministro de la reina Victoria. Esa es la regla general seguida por Inglaterra, pues esta repudió siempre la pretensión de intervenir en los negocios interiores de los demás países. Además, el actual soberano de la Gran Bretaña y lord Campbell, consultados sobre estas trascendentales cuestiones, respondieron «que nada tenían que ver con la forma de gobierno de cualquier nación siempre que le dieran las garantías necesarias para su estabilidad». Claro y terminante: esta es la doctrina corriente en derecho internacional público.

Finalmente, Inglaterra, como todas las grandes naciones — y ella más que ninguna — va á la conquista económica de los pueblos y poco le importa la conquista de la soberanía política, que siempre representa una carga, mayormente en los pequeños Estados que han de actuar como grandes potencias.

Las Colonias.

Otros, y con ellos el actual presidente del Consejo de Ministros, João Franco, aseguran que la implantación de la república en Portugal, traería como consecuencia la pérdida de las colonias. Otro error que, afianzado con la magnífica argumentación del insigne publicista Bruno, voy á desvanecer.

El amor por las colonias es cosa intermitente y periódica entre los partidos monárquicos portugueses. Unas veces, las colonias son «*o mais bello florão da coroa de Portugal*», «*o padrão glorioso dos descobrimentos e conquistas*», «*o braço ainda clamoroso da gloria passada*». Otras veces, las colonias son una grandísima rémora de la que un elemental buen sentido manda deshacerse lo más rápida y provechosamente posible. La cuestión de la venta de las colonias portuguesas, en varias ocasiones ha sido planteada por prestigiosas individualidades de los partidos monárquicos lusitanos y en pleno Parlamento, y esta orientación se ve palpable en los tratados de la India y de Lourenço Marques que el Gobierno regenerador negoció hace años con Inglaterra.

Pues bien, fué precisamente oponiéndose á la conclusión del último mencionado tratado, como el partido republicano portugués fundó su entrada en la vida política nacional, el cual, contrariando la opinión de los partidos monárquicos de indiferencia por las colonias, sustentó el principio de la conservación colonial. Y, no obstante, añaden los monárquicos

que á la proclamación de la República seguiría irremisiblemente la pérdida de las colonias.

El crédito público.

¿Por qué? Porque las naciones extranjeras — eso es, Inglaterra — se apoderarán de ellas para garantizarse de sus créditos, desconfiadas del tacto económico del nuevo Gobierno. Este es el argumento decisivo de los partidarios de la monarquía.

Pero, ¿quién asegura á los monárquicos que el extranjero no tendrá confianza en el nuevo Gobierno? ¿Qué autoridad moral tienen los partidos monárquicos portugueses para formular tamaña afirmación, ellos, cuyo crédito exterior llegó al extremo de no poder negociar un empréstito sin caución especial, ellos á quienes constantemente espanta el espectro de la administración extranjera con que les amenazan? Pues si la implantación de la República en Portugal representa una protesta contra la administración financiera monárquica tradicional y significa el propósito de regir y administrar la riqueza pública de modo opuesto á aquél que llevó á la monarquía casi á la bancarrota, ¿no será este mismo hecho la más cabal garantía para el extranjero?

La argumentación de los monárquicos sería excelente en el caso contrario. Si la monarquía portuguesa fuera ejemplar en la gerencia financiera de Portugal, se comprende que la mudanza de Gobierno alarmara á los acreedores extranjeros. Pero no es así. En Portugal está comprometido el crédito público que pasó por la vergüenza de aquel ministerio presidido por Dias Ferreira que tuvo que mermar los sueldos de los funcionarios del Estado para pagar los intereses de la deuda exterior; descrédito del que ni se libra la Casa Real, que se ve obligada á devolver al Erario la suma de 15 millones de pesetas sustraídas á título de préstamo, dando el espectáculo, ejemplar relativamente, de un rey que ha de vender sus propiedades y su yate para pagar sus deudas.

Las clases directoras.

Incontestable es, pues, el hondo sentimiento de oposición monárquica que en Portugal inspira hoy los movimientos populares. Y no son sólo las democracias las que profesan los ideales republicanos. A diferencia de España, la aristocracia intelectual portuguesa es en su mayoría republicana, como lo son también altas personalidades de la industria, del comercio, de la banca, del profesorado, de la magistratura, del clero y del ejército. Por eso en la actual conmoción nacional no influye, poco ni mucho, el partido miguelista, exiguo y sin representación ostensible y, además, impopular. En aquel país de firmes y arraigados sentimientos liberales, no escandaliza oír al sacerdote y al militar execrar públicamente á aquellos que menosprecian el prestigio de la patria y no desdennan aplaudir y adherirse á los movimientos revolucionarios que, cual el republicano, intentan llevar la administración pública por derroteros de probidad y de progreso.

Portugal, país flagelado por todos los absolutismos, ha conservado por milagrosa perseverancia un culto ardentísimo á la libertad y detrás la apariencia

de fatalismo de aquel pueblo late en el alma popular una bondadosa y honesta propensión á todos los impulsos generosos, conquistados al precio de la sangre de los patriotas; fenómeno admirable que enaltece á aquel pueblo simpático, fenómeno inexplicable si no se atiende al espíritu de libertad que siempre ha informado las clases directoras y que ha hecho que las ideas más radicales no chocaran con aquella violencia de oposición con los ideales conservadores, de que tan amargo ejemplo tenemos en España y Francia.

Nuestra actitud.

El patriotismo del pueblo portugués no puede sernos indiferente. La bondad y justicia de este patriotismo — hoy que andan desviados culpablemente los patriotismos peninsulares — representa un alto ejemplo de enmienda á seguir por todos aquellos indecisos abocados á falsas orientaciones patrióticas. El patriotismo del pueblo noruego es indiferente al pueblo chileno y el patriotismo del pueblo mejicano nada importa al pueblo sueco. Pero el patriotismo del pueblo francés es odioso al pueblo alemán, como el patriotismo del pueblo alemán es odioso al pueblo francés. Pero el patriotismo del pueblo portugués, repito, no es indiferente al pueblo catalán, ni el de éste á aquél, por necesidad de la transfusión de estos patriotismos en una acción homogénea encaminada á los más eminentes destinos latinos. Lo que importa á las naciones, pues, no es el patriotismo de las naciones, sino el cosmopolitismo de ellas.

Un país será tanto más humano cuanto más internacionalista; y logrará los honores de la historia aquel que consiga emanciparse más perfectamente de los rencores y de los prejuicios heredados de la tradición, sin que por eso, está claro, se niegue á sí mismo y de sí mismo se olvide, tal como el hombre honrado y bondadoso no se niega á sí mismo, y de sí propio no se olvida, cuando respeta el derecho ajeno y cuando auxilia á su semejante.

Libertad, tolerancia.

Portugal es un pueblo patriota y liberal. Los organismos directores de la sociedad portuguesa siempre han manifestado sus tendencias liberales y democráticas, si bien razones complejas de intereses dinásticos á veces han exigido una conducta contradictoria. Pero todas las propagandas, aún las ultraconservadoras han ido á las democracias con un aspecto, artero ó sincero, de anhelo liberal.

En España las clases directoras han seguido siempre una conducta conservadora y tiránica. Partidos monárquicos ó republicanos que se han dirigido al pueblo, lo han hecho siempre predicando radicalismos y odios, y en el ejercicio del poder se han portado como conservadores intransigentes, asustados de las medidas radicales prometidas, y cuyo cumplimiento las ilusas democracias les exigían. Por eso las luchas religiosas en España se han revestido de un feroz fanatismo de ambos elementos combatientes, mientras que en Portugal la lucha religiosa siguió una historia de tolerancia relativa y de respeto. La estúpida agresión de la incultura popular contra un religioso, caso frecuentísimo

en España, es en Portugal caso insólito y condenado. Asimismo la poca cristiana intransigencia de los fanáticos contra las peticiones radicales de la plebe, conducta general en España, cosa es en Portugal inexplicable. No venga á creerse, no obstante, que el antagonismo, que la lucha entre reaccionarios y liberales en Portugal no exista, no. Existe, pero más culta, más sincera, más honrada.

Tenemos un caso ejemplar en la reina D.^a Amelia. La gentil soberana está adornada de las más bellas cualidades: es caritativa, amiga del desvalido, altamente cariñosa para el pobre y el pueblo sabe apreciar tan excelsas y poco vulgares virtudes. Pero saben que su ardentísimo catolicismo la hace juguete de las maniobras antidemocráticas de los reaccionarios, y el pueblo, que admira y ama á la mujer, se aparta de la soberana que en sus actos de reina viene á contradecir sus virtudes privadas.

El ejército.

El ejército portugués, tan digno de admiración por su valor y por su cultura, da en los momentos actuales gallardas pruebas de su patriotismo. Es el ejército de la patria y á la patria la quiere el ejército digna, respetada y próspera. En la defensa de la patria siempre el ejército portugués se ha mostrado abnegado y heroico, y la patria, para el ejército portugués, hoy como ayer, como mañana, fué, es y será siempre la libertad de los portugueses. Contemplad los insignes ejemplos que en la historia de la libertad dejaron escritos las huestes de Gomes Freire, Saldanha, D. Pedro V... Contemporáneamente, cuando mayor es la agitación republicana, el ejército portugués conquista laureles inmarcesibles en las campañas africanas; cuando mayor es la oposición á la monarquía, en momentos como el actual, el ejército portugués prosigue imperturbable su camino de triunfo y vendrán más decisivos acontecimientos y el ejército portugués recordará el emblema único y admirable de sus banderas: *Pro Patria*. Sólo la guardia municipal, cuerpo ricamente equipado y retribuido, aquel regimiento que hizo traición á la causa republicana de Porto, ametrallando vilmente los confiados ciudadanos portugueses, sólo aquel cuerpo militar empuñó el lema de su bandera con una divisa partidaria: *Pro Rege*.

La oficialidad portuguesa, de una superior cultura, ya que en los establecimientos públicos de enseñanza tiene nutridísima representación en el profesorado, la oficialidad portuguesa, amante del prestigio y del buen nombre de Portugal, se mantendrá siempre fiel á su lema: *Pro Patria*.

Felizmente para el ejército portugués ni la monarquía ni la República son la Patria.

La dictadura.

Delante la formidable avalancha republicana, las instituciones monárquicas de Portugal echaron mano de un supremo recurso, un Gobierno dictador. Y el rey D. Carlos I llamó á un hombre enérgico, talentoso y frío, João Franco. Si la dictadura tenía precedentes, pero sin que nunca ella violentara, como ahora, un unánime sentimiento nacional de oposición, sin apartarse de la norma que

aun para este caso traza la Constitución del Estado, era peligroso restablecerla en un momento de tanta gravedad como el actual. Si con represiones constitucionales el republicanismo había avanzado tanto, era lógico que con medios violentos anticonstitucionales exacerbaban el mal y crecería más prepotente el ideal republicano. Esta fué la gravísima equivocación de la monarquía.

La dictadura cometió toda clase de violencias, suspendió periódicos, prohibió comicios, privó al pueblo de elevar al Parlamento sus quejas, en una palabra, la libertad fué perseguida y no había más gobierno en Portugal que la voluntad de un hombre y la pasividad de un Rey. ¡Y así se quería devolver á Portugal la paz, el progreso y el crédito que reclamaba!

De una impetuosidad asustadora, João Franco barrió de la política lusa todos aquellos organismos, monárquicos ó republicanos, que podían oponer obstáculos á su gestión dictatorial, y juzgando perpetua la dictadura intentó enmendar la marcha ruinosa del crédito público, manteniendo, iluso, empero, todo aquello que le era dificultado para una honrada administración. Y, como resultado, ofrece al país una labor financiera complicada, pero que presenta el espejuelo ridículo de un *superabit* que á nadie convence.

El cierre de las Cortes fué un acto necesario, desde que consideremos legítimo el llamamiento al poder de un hombre de talento, sí, pero sin partido, sin adeptos, sin confianza entre los monárquicos. João Franco intentó gobernar constitucionalmente y se encontró con una atmósfera hostil en el Parlamento y con una lucha ruda en el país y perseveró en su obra convencido de su triunfo, aprovechándose de la ceguera y de la debilidad de su amigo, el rey D. Carlos. Y á pesar de todos los esfuerzos, João Franco ha sido y es el mayor enemigo que de una manera inconsciente ha socavado los cimientos de la monarquía portuguesa. Sus desaciertos han precipitado la casa de Braganza en la espantosa crisis actual. Y todo ha provenido de un hecho de ignorancia: el desconocimiento de la psicología del alma nacional.

También en España hemos sufrido frecuentes errores de esos, negando eficacia á los deseos de las democracias; y en la historia del movimiento revolucionario portugués hemos de hallar amargas lecciones para prescindir, cuando menos, de la teoría peregrina y cómoda de los políticos de oposición, que se niegan á propinar al pueblo reformas radicales, porque — dicen ellos — no está preparado para ejercerlas y podría sucumbir de un exceso de libertad. Estos falsos demócratas van preparando la educación cívica del pueblo colaborando en la política de los partidos conservadores, y es que es muy cierta aquella frase del pensador Anthero de Quental: — «Hay en todos nosotros, por más radicales que queramos ser, hay oculto, disimulado, pero no enteramente muerto, un beato, un fanático ó un hipócrita.»

Palabras del Rey.

Cuando los partidos monárquicos portugueses, progresistas, regeneradores y disidentes iban á presentar batalla al Gobierno dictador de João Franco, una re-

velación inaudita desentraña el pensamiento real y presenta la situación en toda su desoladora verdad. Don Carlos I echa á la faz de sus devotos súbditos, los partidos monárquicos, la despectiva insinuación de su desprecio. Entrevistado por el periodista francés M. Galtier, redactor de *Le Temps*, de París, el Soberano portugués contestó de este modo:

«En los últimos períodos de la legislatura, la situación había llegado á ser imposible. Era necesario poner término al desconcierto. Aquello no podía prolongarse. Ibamos no sé á dónde. Fué entonces cuando otorgué al señor Franco los medios de gobernar.

Háblase ahora de su dictadura, sin recordar que los otros partidos, los que más escandalizan, me habían pedido también la dictadura. Para concederla, éranme precisas ciertas garantías de carácter. Si mis ideas habían de prosperar, necesitaba de una voluntad sin desfallecimientos. El señor Franco era el hombre que me hacía falta. Desde mucho tiempo antes tenía fija en él la vista. De ahí que, llegado el momento oportuno, le llamase.

El señor Franco y yo marchamos de perfecto acuerdo. Trabajamos juntos. Disfruta de toda mi confianza. Contra los propósitos que se me atribuyen, pienso mantenerle en el Poder. Estoy satisfehísimo de él. *Esto va muy bien*, y durará; es preciso que dure: exigelo á una los intereses de la Nación. Haremos las elecciones cuando lo creamos oportuno, sin ceder á las ingerencias ni á las intimaciones. Tendremos una mayoría. El país aprobará la política del señor Franco. Restableceremos el equilibrio de los presupuestos, y suprimiremos el déficit.

En todos los países, para hacer una revolución hay que contar con el Ejército. Ahora bien: el Ejército portugués es obediente á la Constitución y fiel á su Rey. Procediendo lealmente, permanecerá á mi lado. Casi todos los oficiales son compañeros míos; he servido con ellos, y me conocen personalmente. No tengo la menor duda acerca de su adhesión.

Todo cuanto he hecho, y todo cuanto hago hoy, es en beneficio del país. Ciertamente preferiría «que se me dejase en paz» (y el Rey se sonreía al decir lo último), pero continúo en mi puesto.

Conozco bien á mi país; conozco el tablero electoral. Sé que el portugués tiene necesidad de paz; trabaja y pide garantías de orden.

Como viajo mucho, he podido ver que mi pueblo está conmigo. Una vez que las elecciones nos hayan proporcionado fuerte mayoría, y que esté restablecida la normalidad, no tendrá ya razón de ser el remedio extraordinario que juzgué indispensable para una situación también extraordinaria. No he olvidado ni por un momento cuáles son mis deberes respecto á mi Corona y á mi amado país.»

Causa estupor la opinión que merece al Rey de Portugal la situación gravísima de la sociedad portuguesa. *¡Todo va muy bien!*

Protesta nacional.

Y los hechos, con su implacable lógica, han respondido con un mentís tremendo á las palabras del Soberano. El enojo del patriotismo portugués se ha demostrado poderoso y temible. El pueblo lusitano ha evidenciado en esta culminante cuestión la honestidad de los sentimientos que remueven las democracias; ha habido unanimidad de juicio, todos han clamado, airados, justicia y dignidad, pues todos se han sentido escarnecidos. Esta conducta austera y viril representa un alto ejemplo de patriotismo. Hombres envejecidos en la adhesión á la monarquía, jefes prestigiosos de los partidos monárquicos han visto á su Rey erigirse en caudillo de un grupo, proclamarse jefe de las huestes franquistas, despreciando la vida azarosa y resignada de los viejos servidores de la monarquía y bajando al palenque de las más innobles contiendas políticas, despojándose de aquella avisada indiscutibilidad que

acompañaba sus actos de soberano, y, como un polícastro cualquiera, hace declaraciones políticas que no entusiasman ni á los menguados tercios del dictador, y levantan, en cambio, la poderosa ira de todo un pueblo.

La prensa portuguesa, honrada é imparcial, eco fidelísimo de la opinión pública, condenó unánimemente las declaraciones del Rey. Periódicos monárquicos, republicanos, independientes y hasta algunos de los poquísimos gubernamentales, por primera vez han coincidido juntos en la opresión de una censura, denuncia, proceso ó suspensión, efectos de una persecución estúpida. Y vemos síntomas de aquella honradez y de aquel patriotismo tan laudables en las gentes lusitanas. Funcionarios públicos que dimiten por no avenirse á las extorsiones del dictador. Presidentes de las Cámaras legislativas que hacen profesión de fe republicana, generales que se exoneran del gobierno militar, oficiales que pasan á la reserva, magistrados que se niegan á sancionar las arbitrariedades gubernamentales, atentados terroristas, fatal preludio de una revolución presto á estallar, soldados que se amotinan, tripulaciones destinadas á las estaciones ultramarinas... en fin, una nacional protesta que crece formidable y contra la cual van á chocar la soberbia y el encono de un impulsivo y la terquedad de un rey.

Las oposiciones.

Entre tanta confusión y vergüenza, las fuerzas republicanas se aprestan para la lucha, disciplinadas, valerosas, única garantía del orden, de la paz y del progreso. Los hombres de la República, que tan admirables pruebas han dado de firmeza y de patriotismo, aquellos hombres que en pleno Parlamento evidenciaron las culpas de la monarquía sin miedo á las bayonetas, ese miedo que aquí en España apaga tan nobles ideales, y que increparon al Rey, diciéndole: «— Idos, Señor, enhorabuena, y no nos obliguéis á echaros por vergüenza»; aquellos hombres que, cual Guerra Junqueiro, tienen la terrible sinceridad de afirmar que «odian al Rey porque aman su Patria»; aquellos hombres como Bernardino Machado, adorados por todo un pueblo por su acendrado amor al mismo pueblo; aquellos hombres que son republicanos por convicción y por lavar una injuria sangrienta, como Brito Camacho; aquellos hombres de la República que laboraban con fe inquebrantable en la republicanización de su país, han visto, sin desearlo, precipitarse los acontecimientos exigiéndoles, tal vez, las circunstancias una conducta que ellos ciertamente no querían seguir aún, pues deseaban que la República apareciera como un fenómeno natural que se impone por su propia naturaleza.

¿Quiere esto decir que el monarquismo portugués esté falto de prosélitos? No. Intenté demostrar el antimonarquismo democrático evidente, sin que niegue la existencia de poderosos núcleos dinásticos, puesto que impopulares. Y dentro esos núcleos aparecen figuras de un gran relieve y de un positivo talento. Basta citar entre los fallecidos el conde de Thomar, los duques da Terceira y Loulé, el general Fontes Pereira de Mello, Hintze Ribeiro y otros notables estadistas; y entre los existentes, Luciano

de Castro, José d'Alpoim, Veiga Beirão, Julio de Vilhena, actuales jefes de las agrupaciones monárquicas. Pero todos ellos, á pesar de su indiscutible valor personal, no han podido salvar el prestigio del Estado monárquico que adolece de vicios fundamentales.

Regimen desacreditado.

Es justo, pues, el descontentamiento del pueblo portugués con respecto á los partidos de la monarquía.

Bajo este régimen, Portugal ha pasado por etapas del mayor descrédito; la instrucción pública ha estado abandonada, hasta merecer Portugal el bochornoso dictado de país analfabeto; la riqueza colonial sosteniéndose merced á la iniciativa particular; las obras públicas atrasadísimas; la situación financiera comprometida; en una palabra, Portugal, víctima del atroz burocratismo que todo lo absorbe, se ha visto abandonado dentro de la monarquía, obligado á sustentar la enorme rueda burocrática, sin que apareciera dentro los partidos monárquicos un elemento moralizador que se atreviera á cortar el mal de la raíz. João Franco, la primera vez que fué ministro del Reino, en un Gobierno presidido por Hintze Ribeiro, cayó gallardamente porque no le fué admitida su reforma radical de suprimir de una vez con un R. D. más de dos mil empleados públicos. De aquí data su popularidad; pero ahora con ser dictador y primer ministro, con poder omnimodo, no quiere ó no puede realizar su laudable reforma. ¿Por qué? Porque ella es incompatible con el régimen y sólo es realizable dentro una nueva modificación institucional, pues el Estado burocrático mantiene hoy la monarquía.

El príncipe heredero.

Los partidos monárquicos van á intentar el último esfuerzo. Una coalición de los diversos grupos se dispone á salvar la monarquía favoreciendo la causa del príncipe heredero, D. Luis Felipe, obligando á abdicar á D. Carlos, al que consideran impopular. Así dicen las agencias telegráficas y, aunque no muy fiado en ellas, bien pudiera ser el aserto. El joven príncipe ha recibido una educación completa y austera: instruido y simpático, sería una esperanza para los partidarios de la monarquía si no fuera por su corta edad y hubiera conquistado personal prestigio. Pero don Luis Felipe tiene sólo diez y ocho años, rodeado de excelentes preceptores que le han proporcionado sólida instrucción, ha vivido lejos del bullicio político y del trato popular, separado de las grandes cuestiones de la gobernación del Estado.

Yo creo que sólo coronado de gloria, volviendo héroe de una campaña épica, podría un príncipe restablecer el prestigio de la monarquía portuguesa. Rey de un Estado burócrata y desacreditado, llámese D. Carlos, llámese D. Luis Felipe, no podrá conquistar para él mismo la adhesión de las gentes lusitanas que han sufrido hasta hoy resignadas las extorsiones de una política disolvente y calamitosa. Esta es mi franca opinión.

La República portuguesa.

Véase, por otra parte, cómo los mismos republicanos ante el conflicto actual se mantienen en prudente expectativa

de avisados políticos. Convencidos de la virtualidad de su causa, dejan á los partidos monárquicos que prueben el último, el supremo esfuerzo, para que después del fracaso definitivo no se entrevea para la patria portuguesa más camino de regeneración que el de sus ideales. Los acontecimientos actuales no les han detenido en su seria actitud de propaganda; han constituido un episodio del epílogo que empieza, del grande drama de la crisis de la monarquía portuguesa. No creen llegado el momento y están en lo cierto: una precipitación podría malograr la empresa.

El establecimiento de la República portuguesa representa una obra de una trascendencia demasiado capital en el destino de los pueblos latinos para que sea obra de ligereza y del acaso. Y para España y particularmente para Cataluña, entraña una importancia decisiva, origen de grandes transformaciones políticas. Conste, por de pronto, que en Portugal se están dando unos hechos, evidentes ó germinando poderosos en el espíritu público, que se resolverán en una acción unánime de la cual nacerá una completa remodelación institucional en aquel Estado y que repercutirá grandemente en todas las sociedades románicas. De Portugal vendrá un gran ejemplo y una admirable lección de patriotismo.

¿A dónde llevarán esos acontecimientos? ¿Cuál será el próximo resultado de la revolución latente en las sociedades políticas portuguesas?

Es fácil presumir, con ser difícil profetizar. De todos modos, el momento es solemne.

Palabras sinceras.

El juicio que me ha merecido la situación política de Portugal, que á muchos parecerá acerbo, ha nacido de una gran serenidad. Ni monárquico, ni republicano, debedor al rey D. Carlos I de favores inmerecidos, no quise encubrir, con una servil adulación y una solapada mentira, la verdad, que ha de brillar siempre refulgente, nunca empañada ni por la venalidad, ni por la lisonja, ni por el odio.

Al hombre que me ha acogido benevolente y con simpatía, no llegan las severidades del juicio que me merece el rey. Yo no tengo la culpa de que el hombre sugestivo, ilustrado, artista, sea el jefe de la casa de Braganza.

El sincero afecto que dedico á Portugal, aquel país hermano que un día memorable me aclamó delirantemente ciudadano portugués, enalteciéndome en mí, que no soy nada, á mi querida patria Cataluña, que lo es todo para mi corazón, ese afecto verdadero ha guiado mi juicio infiltrándole la más austera sinceridad en este momento solemne.

Momento solemne, con aquella solemnidad que siguió á los entusiasmos de la victoria de Valmy, cuando el tudesco Goethe dijo al rey de Prusia:

«De este lugar y de este día data una nueva era en la historia del mundo, de modo que os es permitido el orgullo de poder decir: yo estuve allí!»

I. DE L. RIBERA Y ROVIRA

Barcelona, 24 noviembre 1907.

«Sus intelectuales y los nuestros»

Pío Baroja publicó en *El Mundo* un artículo sobre Cataluña, disparatado é incorrecto, sin otro mérito que alguna bizarria propia de su espíritu. Carner le contestó magistralmente, sano y pleórico de ideas, con muy laudable magnanimidad de espíritu y una gran corrección de formas y mesura de tono.

Manuel Bueno, que no merece ni con mucho el respeto que profesamos á Baroja, ha salido á terciar en la cuestión. Su artículo, que lleva el título «Sus intelectuales y los nuestros» azora fundamentalmente porque no deben osar hablarnos de separatismo quienes trazan con tales palabras una línea de conducta que revela vida defensiva y de exclusión. Desgraciadamente para él nuestras cosas ya han llegado á Madrid, y sólo quien tenga el conocimiento superficial de nuestra mentalidad que tiene Manuel Bueno (conocimiento á base de revistas ilustradas, catálogos y referencias de segunda mano), puede hablar como él habla.

Nuestra cultura no es improvisada, sino de elaboración; es, por lo tanto, inútil acusarla de incompleta. Lo que no admitimos es que carezca de juventud y de vigorosas iniciativas; precisamente nosotros no pecamos de timidez y nos lanzamos á todo y ensayamos cuanto nos parece aprovechable, muchas veces impremeditadamente, pero siempre con aquel generoso desbordamiento propio

de las grandes empresas. Sintetizar la cultura catalana en los nombres que cita el Sr. Bueno prueba mala fe ó ignorancia. Censurar el acto de simpatía realizado con el mensaje de las dos juventudes arguye una gran pequeñez de espíritu y una gran pobreza de mentalidad. Representa una estéril inactualidad querer ahogar ese grito de entusiasmo con que una juventud saluda á la otra al emprender el nuevo camino y al lanzarse á la conquista de las nuevas aspiraciones, hijas de una gran riqueza de energías y de un poderoso caudal de voluntad.

Peró el Sr. Bueno parece desconocer todo esto; nuestra cultura no le merece ningún respeto; juzga de nosotros por algunos nombres aprendidos. Dios sabe cómo, coloca á Jacinto Capella entre las figuras representativas de nuestra mentalidad.

Si así lo cree, peor para él; pero sepa que á nosotros nunca nos convenció Di-céna.

Se maravilla el Sr. Bueno de que Echegaray tradujera á Guimerá y de que á Rusiñol é Iglesias les fuesen franqueadas las puertas de la escena castellana. El Teatro catalán es la más débil manifestación de nuestra cultura; pero á pesar de todo no es inferior al castellano. Angel Guimerá será siempre más poeta que Echegaray, y los demás cultivadores de

nuestra escena, si en habilidad han de reconocer la supremacía de Benavente, en fuerza y verdad no tienen nada que envidiarle.

Dice Manuel Bueno que no tenemos un novelista como Galdós ni un prosista como Valle Inclán. ¿Con qué derecho lo afirma quien sólo conoce á Narciso Oller y á Víctor Catalá? ¿Es que Raimundo Casellas y Joaquín Ruyra han de mendigar á nadie talento, habilidad, fuerza ó pulcritud de lenguaje? ¿Es que entre los más jóvenes no hay un núcleo prometedor de grandes triunfos y un brillantísimo Eugenio d'Ors, gran educador de esta novísima juventud?

Entre los poetas nos perdona á Maragall y dice con toda seriedad que ningún otro poeta puede competir con Salvador Rueda. ¿Y Carner (el del testamento de Aristófanes tan olímpicamente despreciado), Alomar, Ruyra, Alcover, Costa y Pijoan, no están acaso muy por encima de Salvador Rueda?

Sépalos el señor Bueno, nunca hemos aceptado el prestigio de Rueda; para nosotros es incomparablemente mejor, mucho más vigoroso y alto poeta Eduardo Marquina. Y precisamente (¿será casualidad?) Marquina es catalán en la roca viva de su alma y sólo usa de la lengua castellana por el sedimento... de su educación.

Habla el señor Bueno de que los escritores castellanos nos suplantarían en poco tiempo si les tradujéramos. ¿Y en qué y cómo han de suplantarlos? Además, el que no les traduzcamos ¿significa desprecio ó aversión?

Nada de eso; sin duda ignora el articulista de *El Mundo*, que en Cataluña son familiares muchísimos autores castellanos; que nuestra juventud novísima sigue con entusiasmo el movimiento intelectual castellano y tiene hambre de amistad, de espiritual unión con estos jóvenes castellanos, tan injustamente calificados de embriones de poetas por don Manuel Bueno. Aunque no les traduzcamos (porque ya les comprendemos y sabemos leerles en su lengua) nosotros apreciamos y admiramos en lo que valen á Rubén Darío á Díez Canedo, á Martínez Sierra, y á todos los ilustres representantes del actual pensamiento castellano; nosotros hablamos con gran entusiasmo de todos ellos, nosotros les divulgamos para que sean conocidos en nuestra tierra.

Peró todo esto no ha sabido verlo el señor Bueno, preocupado en descubrir los genios melendados que pasean por la Rambla (y que sólo á él se le han aparecido). Para él sólo hay en Cataluña cabezas vacías regidas por el meridiano de París ó de Berlín, despreciadores de la tradición regional, que se abandonan á una insignificante adulteración, ridículos pedantes que pretenden imponer un arte novísimo...

Tanto es así, que aconseja á los suyos que nos abandonen; ya nos ampararán en... la China. (El señor Bueno cultivaba en sus largos ocios el chiste complicado).

Estamos tranquilos; el pensar y el sentir del señor Bueno, dista de ser el de todos los intelectuales castellanos y por encima de todos los prejuicios y de todas las viejas suspicacias, está el impulso juvenil sano y emprendedor, firme y decidido que nos anima á todos.

JOSÉ M.^a LÓPEZ PICÓ
